

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario salió de Uruapan, y tomando el camino de Acámbaro dio consigo en México”

p. 168-173

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

dos, porque a no haber esto de por medio, no se puede creer sino que el virrey entendía y sabía aquella regla de derecho que dice: “*Id possumus quod jure possumus*, aquello podemos que por derecho podemos, y poder contra derecho no es poder, sino destrucción, y hacerse, el que así es poderoso, siervo y esclavo de sus apetitos e intereses, pues por acudir a ellos deja de cumplir con las leyes santas y cánones sagrados”. El padre comisario respondió a esta carta lo que le pareció que convenía por entonces, conformándose también con la pragmática, entendiéndole que, pues el virrey usaba ya della, que también le obligaba a él a guardarla, aunque después se entendió que se había desabrido desto, porque no quiso que con él se aguardase la pragmática, diciendo que a él no le comprendía.

Tuvo asimesmo nueva cierta en aquel convento el padre comisario, en cartas que le vinieron de México, que le había venido otro pliego de España, y en él una patente muy favorable del padre ministro general, con otros despachos, y que todo estaba en poder de fray Francisco Séllez, el cual le envió un traslado simple de la patente, y le avisó que convenía ir muy en breve a México.

Asimesmo se le avisó de México que dos frailes de la parte del provincial habían querido prender en la misma cibdad, en medio del día en la calle, a fray Francisco Séllez y a su compañero fray Juan Domínguez, y que no pudiendo prender al Séllez, porque no queriendo ponerse en defensa, por no dar escándalo, se retrujo a una iglesia, habían prendido al Domínguez, y afrentándole de obra y de palabra, le habían llevado a San Francisco de México, pero luego, confusos de lo que habían hecho, le soltaron. Pasó esto así realmente, y sospechóse, y aun túvose casi por cierto, que lo habían hecho por cogerles el pliego sobredicho, pero no salieron con su ruin intento y quedó la cibdad muy indignada contra ellos viendo su desorden y desconcierto.

[CAPÍTULO XCVII]

De cómo el padre comisario salió de Uruapan, y tomando el camino de Acámbaro dio consigo en México

Habiendo el padre comisario concluido y expedido los negocios del capítulo de aquella provincia de Michoacán, leída la tabla y despedidos los frailes e idos a sus casas, partió de Uruapan de madrugada, jueves treinta de abril, la vía de Pátzcuaro, sin que los frailes de aquella provincia en-

tendiesen dónde iba, antes imaginaban que iba a los conventos de la laguna de Zintzunza a concluir algunos negocios, y así ninguno pudo saber ni entender que iba a México; y pasado el pueblo de San Andrés y andadas cuatro leguas por el mismo camino que a la ida había llevado, llegó a decir misa al convento de Tingambato, de frailes agustinos, tomó allí un poco de refresco y luego volvió a su tarea, y subida aquella mala cuesta y pasando de largo por Huiramangaro y por Axuno, y andadas otras cuatro leguas, llegó a mediodía al convento de Pátzcuaro, tan cansado y fatigado del recio sol y de la larga jornada, que estuvo muy indispuerto; allí halló cartas de fray Francisco Séllez y de algunas personas principales de México, en que le decían que convenía mucho ir luego a México para que se concluyesen aquellos pleitos y por esto no se detuvo en Pátzcuaro más de aquel día, aunque estaba algo achacoso.

MAYO de Pátzcuaro, y andadas aquellas siete leguas llegó a decir
1587 misa, a horas de misa mayor, a la cibdad y convento de Valladolid, no poco cansado y quebrantado de tan grande madrugada y larga jornada y detúvose allí hasta la tarde; allí dio muestras de querer ir a Querétaro para aguardar allí la determinación de la Audiencia de México, porque no proveyendo que entrase a hacer su oficio en aquella provincia irse a la custodia de Zacatecas, donde pedían visita, y donde no había ningún pleito ni contradicción, por estar en la jurisdicción de la Audiencia de Guadalajara; para con esto desvelar a los frailes inobedientes de México y a sus amigos de Michoacán, y descuidarlos de pensar que iba a aquella cibdad, y entrar en ella antes de ser sentido, tomando el camino para allá desde Acámbaro, como en efecto se hizo por el orden que se sigue.

El mismo viernes en la tarde primero de mayo, poco antes que el sol se pusiese, salió el padre comisario de Valladolid, y andadas aquellas tres leguas y media llegó entre las nueve y las diez de la noche al pueblo de Hindaparapeo, donde fue recibido con música de trompetas, y el beneficiado le hizo mucha caridad y le dio su aposento y cama en que descansase un poco.

Sábado dos de mayo salió de aquel lugar entre las dos y las tres de la madrugada, y andadas tres leguas y media llegó a decir misa al convento de Tzinapícuaro, donde fue muy bien recibido; y habiendo tomado un poco de refresco prosiguió su viaje, y andadas otras tres leguas llegó poco antes de mediodía al convento de Acámbaro, con un sol muy terrible, donde fue muy bien recibido de muchos indios de a caballo que le salieron al camino, y de otros muchos de a pie que estaban a la entrada del

pueblo, los cuales con infinidad de indios le acompañaron hasta el convento, donde descansó todo aquel día.

El mismo sábado dos de mayo, a las nueve de la noche, salió el padre comisario general de Acámbaro con dos españoles armados de cotas y arcabuces, y con cuatro o cinco indios con sus arcos y flechas, por haber de pasar un paso peligroso adonde algunas veces suelen acudir chichimecas, y dejando el camino que va a Querétaro tomó el de México, por el cual andadas cinco leguas con grandísima obscuridad y con terrible pesadumbre de sueño, y pasado un arroyo al fin de ellas, llegó a las tres y media de la mañana a un pueblito de siete o ocho casas de indios tarascos del obispado de Michoacán, visita de clérigos, llamado Marauatío, y por otro nombre Los Pescadores. Fue luego uno de los españoles a tañer la campana para que acudiesen los indios a dar recado para decir misa, y muchos dellos se alborotaron pensando que había chichimecas en el pueblo, pero entendido lo que era acudieron luego de buena gana y dieron recado con que el padre comisario dijo misa, oyéndola los demás compañeros y mucha gente del pueblo, porque para la demás quedaba un clérigo que les había de decir la mayor. Después de haber dicho misa el padre comisario, descansó un rato y tomó un poco de refresco a la lumbre, porque hacía mucho frío, y luego prosiguió su viaje.

Domingo tres de mayo salió el padre comisario de aquel pueblo, ya salido el sol, y pasados dos arroyos y unas largas dehesas, en que hay algunas estancias de ganado mayor, y pasado sin peligro ni contraste el paso peligroso atrás dicho, y andadas cuatro leguas no largas, llegó a un riachuelo, y en su ribera, a la sombra de unos fresnos, descansó más de dos horas y comió de lo que en Acámbaro habían dado para aquel desierto. Desde allí se volvieron los españoles y indios de pelea a Acámbaro, y el padre comisario prosiguió su viaje, partiendo de aquel puesto poco después de las doce de mediodía; pasó muchas sabanas y valles muy largos y espaciosos, donde había infinidad de ganado mayor, de lo cual había mucho tendido y muerto por aquellos campos, y lo demás estaba flaco, en los puros huesos, de hambre, por estar la yerba abrasada y seca, que era una lástima ver lo uno y lo otro; pasó algunas cuestras y barranquillas y entre ellas una de camino pedregoso y malo, al subir de la cual sobrevino una tempestad de granizo tan de improviso y con tanto ímpetu, que parece quería defender la subida y hacía detener a las cabalgaduras, y aun volver atrás; acudió luego un aguacero terrible, con tantos y tan espesos truenos y relámpagos, que juntándose con el granizo hizo una sopa de agua al padre comisario mojándole toda la ropa, y causó terrible temor y espanto a todos. Pero al fin pasó aquella furia, y andadas seis

leguas, y pasados en ellas cinco arroyos y últimamente el río de Toluca por una puente de madera, llegó al anochecer a un bonito pueblo de indios matzaguas, llamado Tlaxomulco, del arzobispado de México, visita de clérigos; fuese derecho a la casa del beneficiado, el cual le recibió con mucha voluntad, dióle de cenar y cama en qué dormir, y descansó allí aquella noche.

Lunes cuatro de mayo salió el padre comisario de día claro de Tlaxomulco, y pasado un arroyo y después unas ciénagas por unas portezuelas, y andadas dos leguas, llegó a otro pueblo de los mismos indios y arzobispado, visita también de clérigos, llamado Xocotitlán. Pasó de largo, y bajadas unas cuevas entró en un valle muy ancho y espacioso en que hay pobladas algunas estancias de ganado mayor, y pasado un riachuelo, y andadas dos leguas, llegó a una destas estancias que está en el mismo camino, dejando otra un poco apartada dél, a la banda del sur; allí le dijeron que otra legua más adelante había un pueblo y junto al pueblo un arroyo adonde podría comer y descansar, y así prosiguió su viaje y comenzó a subir una cuesta y puerto, y andada como una legua, en que pasó otra estancia despoblada, llegó al pueblo sobredicho, el cual estaba también despoblado que no había quedado en él casa ninguna, sino solo la iglesia; no se detuvo allí el padre comisario porque no había agua, que la que solía venir al pueblo no venía ya por haberse despoblado; había en la acequia seca por donde solía venir, muchos rosales y rosas de Castilla, y juncos con puntas agudas como los de España, los primeros que en toda aquella tierra había visto el padre comisario. Prosiguió su viaje caminando unas cuevas arriba entre llanos, siguiendo la sobredicha acequia, en busca del agua, hasta que andada como media legua larga llegó a un arroyo de agua muy fría y delicada que corría por entre unos pinos, e iba a dar a una quebrada muy honda; allí junto a la misma agua se asentó a la sombra de un pino y descansó más de una hora, que iba muy fatigado, y comió de lo que los compañeros llevaban, que era pan y queso y naranjas, luego partió de aquel sitio como a la una de la tarde, y pasado el arroyo sobredicho, y andada legua y media de cuesta arriba, llegó a la cumbre del puerto de México, donde había colgadas de los árboles muchas pedrezuelas atadas a cordelillos, y sobre las peñas manojuelos de yerba con otras pedrezuelas encima, lo cual hacen los indios (según dicen) dando a entender que ya se les acabó el trabajo y cansancio que tuvieron en subir aquel puerto; aunque otros temen que haya en esto alguna superstición o rito antiguo, como atrás queda dicho, cuando se trató de otro tanto que había en el otro puerto que está junto a Talmalco, entre México y la Puebla de los Ángeles. Luego comenzó el padre

comisario a bajar el puerto y anduvo así, bajando entre llanos y aun en ellos subiendo algunas costezuelas no muy fáciles, más de tres leguas en que pasó tres o cuatro arroyos; finalmente, cuando quería anochecer, llegó junto a un pueblo, visita de Tlalnepantla, llamado la Magdalena Cauacan; no fue al pueblo porque estaba en un alto algo apartado del camino y se rodeaba un poco, y llevaba ojo él de entrar aquella noche en México, antes de ser sentido. Pero en un prado entre el camino y el pueblo, cerquita de un arroyo, se apeó y descansó casi dos horas y habiendo tomado un poco de refresco volvió a su tarea como a las ocho de la noche, y prosiguiendo su camino por unas cuestas abajo entre llanos, con un recísimo tormento de sueño que le fatigaba demasíadamente, y pasado un molino y algunas estancillas, un riachuelo y tres o cuatro arroyos, y andadas cinco leguas, llegó a un pueblo grande de indios mexicanos y de aquel arzobispado, llamado Ixcapuzalco, donde hay un convento de Santo Domingo. Allí anduvo perdido un gran rato entre las casas por descuido de la guía, hasta que al fin atinó con el camino que va al pueblo de Tlacuba, que está allí cerca, y pasando por junto a nuestro convento, y andada una legua muy pequeña, toda entre casas y huertas, llegó poco antes que amaneciese al convento de San Cosme y San Damián, que es de frailes descalzos de nuestra orden, y está (como atrás queda dicho) en el mismo camino que va de México a Tlacuba, media legua pequeña de aquella cibdad; fue muy bien recibido de aquellos religiosos, y todo el tiempo que allí estuvo, que fue hasta los diecisiete de julio, le hicieron mucha caridad y regalo. Sucedieron en este comedio algunas cosas tocantes al oficio del padre comisario, y de las cuales se dirán las más notables, y que más hacen al propósito.

Bien pudiera el padre comisario irse derecho al convento de San Francisco de México, y sin duda que a aquella hora fuera fácil de entrar y apoderarse dél, así porque estaban descuidados de su ida, como porque los más frailes dél le deseaban y que entrase a gobernar la provincia, no hallando seguridad en ser gobernados del provincial por las causas atrás referidas; pero no hizo esto por respeto del virrey porque entendió que luego habían de ir el provincial y sus allegados a quejarse al virrey, y el virrey que tanto los favorecía había de hacer por donde sucediese algún alboroto, y por evitar esto y teniendo atención a la carta del mismo virrey que había recibido en Uruapan, como queda dicho, fue a los descalzos. Fue cosa acertadísima llegar el padre comisario a México a tal sazón, porque a no venir en persona, ni pudiera informar a los oidores nuevos de la verdad, ni volver por sí, ni alegar de su derecho, y sin duda se escuchara todo, y prevaleciendo la malicia, negociación y mentira, fuera

condenada la inocencia y hollada la justicia, porque pocos en ausencia se hallan justos, que donde no está su dueño (como dicen) allí está su duelo, y quien no parece perece, y aun también suelen decir, que duelo ajeno de pelo cuelga; y aun con venir en persona no se le dio lo que era suyo y le venía de derecho, si así se sufre decir entre frailes menores, pero al fin fue causa su presencia y asistencia, después de Dios, para que se supiese de todos la justicia que tenía, que era ser comisario general de toda la Nueva España, y que no se le acababa el oficio por la pascua de pentecostés con el del padre ministro general, que era lo que el provincial y sus aliados pretendían y negociaban con el virrey y oidores, sino que duraba y había de durar hasta que de España le viniese sucesor, como los mismos oidores y virrey lo declararon, según después se verá.

[CAPÍTULO XCVIII]

De algunas cosas notables que sucedieron al padre comisario con la Audiencia y virrey de México, y con el provincial de aquella provincia y sus amigos y paniaguados

No pudo estar tan secreta la llegada del padre comisario general a los descalzos de México que no se supiese luego en el convento de San Francisco y en toda la cibdad, que ésta es plaga general en toda la Nueva España, no guardar secreto en cosa ninguna, aun por los muy callados que se precian de recatados y circunspectos; y así luego, el mismo martes cinco de mayo, acudió mucha gente principal de México a verle y darle el parabién de su llegada, después de tantos trabajos y tan largos caminos. Por otra parte el provincial hizo venir muchos frailes mozos estudiantes, y entre ellos algunos que tenían nombre de valientes, al convento de San Francisco, a título de que quería defender aquella casa porque no entrase en ella el padre comisario. Puso también tres porteros y mucha vigilancia y cuidado en la puerta, no dejando entrar sino a los muy seguros y de casa, ni salir fraile alguno, si no era a los muy conocidos por de su banda y opinión; todo lo cual causó mucha nota y escándalo en el pueblo, y todos a una mano comenzaron a murmurar de los frailes y de sus invenciones y cosas, que tan mal parecían.

Allí en San Cosme halló el padre comisario el pliego que le había venido de España, según se lo habían escrito a Uruapan, y en él una patente del padre ministro general muy favorable, cuyo tenor, sacado de *verbo ad*